

por el mismo patrón! Centenares de ataques se ahorraría, ataques dirigidos actualmente contra la Providencia de Dios y contra la fe, si hiciese más violencia á la libertad personal. Pero al establecer únicamente las reglas generales, y al conceder en todo lo demás la mayor libertad de acción posible al capricho, y casi podría decirse á la arbitrariedad, expone constantemente de nuevo su causa á la incertidumbre y á la censura de estrechez de corazón.

El hombre censura á la vida cristiana, porque no arrebató á la mujer, de un solo golpe, como por encantamiento, sus debilidades naturales. El alemán del norte, grave y solemne, la censura porque no ha arrebatado todavía al italiano y al español la negligencia de su naturaleza. El francés cree que la Iglesia debería prohibir al alemán, con gran severidad, sus singularidades, en tanto que el alemán está convencido de que muestra demasiada indulgencia con las debilidades del francés. Pero entre tanto, la Iglesia cristiana soporta pacientemente las debilidades de unos y otros y fomenta el bien con discreción entre ellos, sin la menor violencia.

Pero tampoco obra ella de tal suerte, que cualquiera crea haber satisfecho suficientemente á sus exigencias, aunque no se haya apropiado su espíritu, aunque no haya purificado su propia naturaleza, y no la haya perfeccionado, al convencerse íntimamente de su empresa sobrenatural, y al desplegar su actividad personal.

7. Noción de la regeneración.—En resumen, la regeneración sólo exige, pues, de nuestra parte tres cosas. Lo que contribuye á hacer de nosotros hombres nuevos no consiste en despojarnos de nuestra naturaleza humana, en vituperar y condenar todo lo que nos ha dado nuestro primer nacimiento; sino que la renovación sobrenatural consiste en ingertar el nuevo vástago en el árbol natural. ⁽¹⁾ Nuestra naturaleza puede continuar existiendo, y la primera parte de nuestra vocación consiste precisamente en dar nuevo curso al bien que entraña aquélla, suprimiendo

(1) Rom., XI, 24.

de ella el mal. Pero esto no puede tener lugar más que dando completo acceso á lo sobrenatural en nuestro corazón, y dirigiendo todos nuestros esfuerzos de tal suerte, que lo natural y lo sobrenatural no hagan en nosotros más que una sola y misma cosa.

8. La regeneración, obra momentánea, tiene importancia eterna.—Sólo cuando esta triple empresa esté resuelta, puede decir uno que la obra de su regeneración está realizada. De aquí que la regeneración sea un trabajo que nunca se comenzará demasiado pronto, ni se emprenderá con la debida seriedad, ni se continuará por demasiado tiempo. Pero este trabajo rara vez se obtiene con perfección, porque su éxito depende de tres condiciones. La mayor parte vacilan en emprenderlo, hasta que ya es demasiado tarde. Al corto número de los que lo empiezan les falta, ora la seriedad, ora la perseverancia hasta el fin: ¡triste prueba de cuán mal comprende el hombre su situación, y de cuán poco se aprecia! Porque, si reflexionase, debería decirse que una obra que hace al hombre completo y completo al cristiano, una obra que determina por siempre jamás su destino, tanto aquí bajo como en la eternidad, exige toda la fuerza y toda la seriedad de que uno es capaz, exige toda la vida.

Y, sin embargo, es preciso saber escoger el momento oportuno. Es una verdad formal que nuestra suerte está en nuestras manos, que nuestra vida, nuestra eternidad, dependen de ciertos momentos, y de ninguno más que del de la regeneración espiritual. Si falta el nacimiento, falta también la vida. Cada uno de nosotros ha tenido sus momentos,—¡Dios sabe cuántos!—en los cuales le decía su corazón que, en adelante, debían decidirse su vida y su eternidad, y á nada se decidía. Estaba el niño á punto de nacer, pero faltaba la fuerza para darlo á luz. ⁽¹⁾ No se quería recurrir á la gracia; debería ella haberse alejado por siempre jamás de nuestra puerta y llamar á otra; mas, no obstante y por lo menos, permaneció allí, esperando el

(1) Is., XXXVII, 3.

momento favorable y pidiendo con insistencia ser recibida. Pero el momento en que debemos vivir ó morir, debe decidirse. De aquí que esté escrito: «Si oís hoy la voz del Señor, no cerréis vuestro corazón.» ⁽¹⁾

Todo depende de ese *hoy*, de este momento de la regeneración, no sólo nuestra propia vida, sino la vida de muchos otros, el tiempo y la eternidad, el cielo y el mundo. Sí, el cielo, el tiempo y el mundo. Cuando decimos la eternidad y el cielo, cada uno piensa que esto se da por supuesto, y no ve más allá, porque el cielo está demasiado alto, y la eternidad muy lejos; por lo menos así lo creemos. Pero el tiempo y el mundo ¿qué tienen que ver con esto? Mucho. Cada uno de nosotros concurre á formar el mundo; cada uno de nosotros compone el tiempo, y puede, según que esté ó no regenerado, ser la vida y la muerte de centenares y millares de personas. No es en manera alguna indiferente que uno permanezca en la muerte, ó sea regenerado en la vida. Ciertamente es que, para él, es esto una cuestión de vida ó muerte; pero sólo Aquél que nada ignora, sabe para cuántos es importante esta cuestión. Que no se olvide que nadie vive únicamente para sí. Lo que uno hace y dice en un momento de olvido, lo que uno hace ó omite en el rincón más apartado, puede ser la vida ó la muerte de centenares ó millares de personas en tiempos muy lejanos. De aquí que nadie pueda decir: «Mi influencia no es muy importante.» En todo caso, lo que depende de cada uno es su vida y su suerte eterna, y esto ya es suficiente.

Tal es el poder terrible, misterioso, que Dios ha depositado en las manos del hombre. A la verdad, Dios es todo en todo, todo depende de su providencia y de la gracia; pero todo depende también del hombre; la regeneración personal, la del mundo, la vida, la muerte, el tiempo y la eternidad. Si el hombre se diese cuenta en todo momento de lo que depende de su decisión, con frecuencia sucumbiría á la conciencia de su responsabilidad. Pero no, no debe

(1) Psalm. XCIV, 8; Hebr., III, 7.

sucumbir; mas sí hay una verdad que debe grabarse en su corazón, verdad de cuya observancia todo depende. Ahora bien, ésta dice: Nuestro todo, nuestro comienzo y nuestro fin dependen de un momento; el comienzo depende del momento en que aceptemos la gracia ofrecida, y el fin, de que permanezcamos fieles á la primera decisión para la vida, hasta el momento en que el tiempo se convierta en eternidad.